

animoso, se arrojó en el fuego y bajó al infierno. Y estando esperando por donde había de salir el sol, en el entretanto, dicen, apostaron con las codornices, langostas, mariposas y culebras, que no acertaban por donde saldría. Y los unos, que por aquí, los otros, que por allí, en fin, no acertando, fueron condenados a ser sacrificados; lo cual después tenían muy en costumbre de hacer delante de sus ídolos. Y finalmente salió el sol por donde había de salir y detúvose, que no pasaba adelante; y viendo los dichos dioses que no hacía su curso, acordaron de enviar a Tlotli por su mensajero, que de su parte le dijese y mandase hiciese su curso; y él respondió, que no se mudaría del lugar adonde estaba hasta haberlos muerto y destruido a ellos. De la cual respuesta, por una parte temerosos y por otra enojados, uno de ellos, que se llamaba Citli, tomó un arco y tres flechas y tiró al sol, para le clavar la frente; el sol se abajó y así no le dio. Tiróle otra flecha la segunda vez y hurtóle el cuerpo; y lo mismo hizo a la tercera. Y enojado el sol tomó una de aquellas flechas y tiróla al Citli y enclavóle la frente, de que luego murió. Viendo esto los otros dioses, desmayaron, pareciéndoles que no podrían prevalecer contra él, y como desesperados, acordaron de matarse y sacrificarse todos por el pecho. Y el ministro de este sacrificio fue Xolotl que, abriéndolos por el pecho con un navajón, los mató y después se mató a sí mismo; y dejaron cada uno de ellos la ropa que traía (que era una manta) a los devotos que tenía en memoria de su devoción y amistad; y así aplacado el sol, hizo su curso. Y estos devotos o servidores de los dichos dioses muertos envolvían estas mantas en ciertos palos, y haciendo una muesca o agujero al palo le ponían por corazón unas pedruzuelas verdes y cuero de culebra y tigre; y a este envoltorio decían Haquimilolli; y cada uno le ponía el nombre de aquel demonio que le había dado la manta. Y éste era el principal ídolo que tenían en mucha reverencia y no tenían en tanta como a éste a los bestiones o figuras de piedra o de palo que ellos hacían. Refiere el mismo padre fray Andrés de Olmos, que él halló en Tlalmanalco uno de estos ídolos envuelto en muchas mantas, aunque ya medio podridas de tenerlo escondido.

CAPÍTULO XLIII. *De cómo Tezcatlipuca apareció a un su devoto y lo envió a la casa de el sol*



LOS HOMBRES DEVOTOS DE ESTOS DIOSES MUERTOS, a quien por memoria habían dejado sus mantas, dicen que andaban tristes y pensativos, cada uno con su manta envuelta a cuestras, buscando y mirando si podrían ver a sus dioses o si les aparecerían. Dicen que el devoto de Tezcatlipuca, que era el ídolo principal de Mexico, perseverando en esta su devoción, llegó a la costa de la mar, donde le apareció en tres maneras o figuras y le llamó y dijo: ven acá, fulano, pues eres tan mi amigo, quiero que vayas a la casa del sol y traigas de allá cantores e instrumentos para que me

hagas fiesta; y para esto llamarás a la ballena y a la sirena y a la tortuga, que se hagan puente por donde pases; pues hecha la dicha puente y dándole un cantar que fuese diciendo y entendiéndolo el sol, avisó a su gente y criados, que no le respondiesen al canto, porque a los que le respondiesen los había de llevar consigo; y así aconteció que algunos de ellos, pareciéndoles meliflúo el canto, le respondieron; a los cuales trajo con el atabal, que llaman huchuetl y con el tepunaztli. Y de aquí dicen que comenzaron a hacer fiestas y bailes a sus dioses; y los cantares que en aquellos areitos cantaban tenían por oración, llevándolos en conformidad de un mismo tono y meneos con mucho seso y peso, sin discrepar en voz ni en paso. Y este mismo concierto guardan en el tiempo de ahora. Pero es mucho de advertir que no les dejan cantar sus canciones antiguas, porque todas son llenas de memorias idolátricas, ni con insignias diabólicas o sospechosas, que representan lo mismo. Y es de notar, cerca de lo que arriba se dijo, que los dioses se mataron a sí mismos por el pecho, que de aquí dicen algunos que les quedó la costumbre que después usaron de matar los hombres que sacrificaban, abriéndoles el pecho con un pedernal y sacándoles el corazón para ofrecerlo a sus dioses, aunque (como en otra parte decimos)<sup>1</sup> fue en otra ocasión, porque como todo esto es fábula, así también tiene poca verdad haber sido en este acto hecho.

CAPÍTULO XLIV. *De la creación de las criaturas, especialmente del hombre, según los de Tetzcuco*



A CREACIÓN DEL CIELO Y DE LA TIERRA aplicaban a diversos dioses y algunos a Tezcatlipuca y a Huitzilpuchtli o, según otros, a Ocelopuchtli, ídolos principales de Mexico. Aunque a la tierra tenían por diosa y la pintaban como rara fiera, con bocas en todas las coyunturas llenas de sangre, diciendo que todo lo comía y tragaba. Pero de diversas cosas, diversos dioses tenían, hasta el dios de los vicios y suciedades que le decían Tlazoltéotl; y al sol y otros planetas tenían por dioses, y a lo que se les antojaba, como dejamos dicho. De la creación de la luna dicen que cuando de aquel que se lanzó en el fuego salió el sol, uno otro se metió en una cueva y salió la luna; y que hubo cinco soles en los tiempos pasados, en los cuales no se criaban bien los bastimentos y frutos de tierra; y así murieron las gentes, comiendo diversas cosas dañosas; y que este sol de ahora era bueno, porque en él se hace todo bien. Los de Tetzcuco dieron después por pintura otra manera de la creación del primer hombre, muy a la contra de lo que antes, por palabra, habían dicho: a un discípulo del padre fray Andrés de Olmos, llamado don Lorenzo, refiriendo que sus pasados habían venido de aquella tierra donde cayeron los dioses (según arri-

<sup>1</sup> Tomo I. lib. 2. cap. 3.